

todos los disturbios con que nos amenaza la fuga del rey. Decidles, finalmente, que nos atenemos sobre este particular á la influencia imponente y rápida que vamos reconquistando en la opinion pública. Respeto á la Asamblea, fidelidad á la Constitucion, decision por la libertad y por la patria: hé aquí nuestros principios.» Esta alocucion, dictada por una hipocresía hija del miedo, fué adoptada y enviada á todas las sociedades del reino. A esta medida siguió un expurgo de la sociedad de los Jacobinos, no quedando más que el núcleo primitivo y reorganizándose en seguida por votacion pública. Petion dirigió y presidió esta operacion.

Los Fuldenses, por su parte, escribieron á las sociedades patrióticas de los departamentos, y las facciones tuvieron un momento de interregno. Las sociedades departamentales no tardaron mucho, sin embargo, en pronunciarse en masa, revolucionaria y casi unánimemente, en favor de los Jacobinos. «Union pura y sencilla con nuestros hermanos de Paris»; tal fué el grito de todos los clubs, de los cuales seiscientos enviaron sus actas de adhesion á los Jacobinos. Los diez y ocho restantes se pronunciaron por los Fuldenses. Las facciones conocieron, como lo habia conocido la nacion, la necesidad que tenian de estar unidas. El cisma de la opinion quedó sofocado por el entusiasmo de la grandeza de su obra. Petion, en una carta á sus comitentes, dió cuenta de aquellas tentativas abortadas de division entre los patriotas, y denunció á los disidentes con las siguientes palabras: «Tiemblo por el país. Los moderados tratan ya de reformar la Constitucion, y de volver al rey un poder apenas reconquistado todavía por el pueblo. El alma se entristece al considerar las siniestras intenciones de esos hombres. A mi empieza ya á faltarme el valor, y estoy muy próximo á abandonar el puesto en que vuestra confianza me ha colocado. ¡Oh, patria mia! ¡Si tú te salvas, yo exhalaré en paz mi último suspiro!»

De esta manera hablaba Petion, que empezaba ya á ser el ídolo del pueblo. No tenia este hombre ni la audacia ni el talento de Robespierre, pero le llevaba la ventaja de saberse cubrir con el vergonzoso velo de la hipocresía cuando las situaciones podian tener un doble resultado. El pueblo le tenia por honrado, y su palabra tenia sobre las masas la autoridad que da la fama, bien ó mal adquirida, de ser hombre de bien.

XVIII

La coalicion que denunciaba al pueblo era cierta. Barnave estaba de acuerdo con la corte, y Malouet, miembro elocuente y hábil del lado derecho, tenia inteligencias con Barnave. Estos dos hombres, unidos hoy y enemigos encarnizados ayer, habian concertando un plan de comun acuerdo para modificar la Constitucion. Llegado era el momento de encuadernar en un solo tomo todas aquellas leyes dispersas votadas en medio de una revolucion que contaba treinta meses de existencia. Separando en esta revision de las actas de la Asamblea la parte orgánica de la que no lo era, no podia ménos de suceder que tuviesen que volverse á discutir todos ó casi todos los artículos de la Constitucion. Para corregirlos en sentido más monárquico, era preciso aprovechar la nueva reaccion que la victoria de Lafayette habia producido. Lo que la pasion y la ira habian arrebatado á las prerogativas de la Corona, la razon y la reflexion podian devolvérselo. Los mismos hombres que habian colocado el poder ejecutivo en manos de la Asamblea, confiaban ahora en arran-

cárselo, creyendo que nada habia imposible para su elocuencia y popularidad. Estos hombres, como todos los que suben en alas del movimiento revolucionario, creian que les sería mucho más fácil bajar, porque no reparaban que aquellas fuerzas de que tan enorgullecidos estaban no eran suyas propias, sino de aquella misma revolucion que les habia hecho subir á la altura en que se encontraban. Los sucesos iban á enseñarles muy pronto que no hay fuerzas suficientes contra las pasiones, cuando se ha cedido una vez á ellas. La fuerza de un hombre de Estado es su carácter, y una pequeña consideracion con las facciones, ó la concesion más insignificante, son compromisos contraidos con ellas de que no es fácil desprenderse. En cuanto uno ha consentido en servirles de instrumento, podrá llegar á ser su ídolo ó su víctima; jamás conseguirá dominarlas como dueño y señor absoluto. Barnave iba á conocerlo demasiado tarde, y los girondinos debian conocerlo despues.

Malouet puso en conocimiento de los principales miembros del partido realista el plan que habia combinado con Barnave, que sustancialmente era como sigue: Malouet subiria á la tribuna, y en un discurso vehemente y razonado atacaria todos los vicios de la Constitucion; demostraria al mismo tiempo que, si la Asamblea no trataba de corregir estos vicios ántes de presentar la Constitucion para que fuese jurada por el rey y por el pueblo, éstos no jurarian sino la anarquía. Los trescientos miembros del lado derecho debian apoyar con sus aplausos las acusaciones del orador. Entónces Barnave se levantaria aparentemente irritado, pidiendo la palabra para contestar al preopinante, y en un discurso capcioso vengaria á la Constitucion de las invectivas de Malouet, conviniendo, sin embargo, en que aquella Constitucion, improvisada en el ardor del entusiasmo de una revolucion y bajo la influencia de azarosas circunstancias, podia tener algunas imperfecciones. Entónces debia proseguir su discurso diciendo que la reflexion y la sabiduría de la Asamblea podian remediar aquellos pequeños defectos ántes de separarse, y que entre otras mejoras de que aquella obra era susceptible, podrian retocarse dos ó tres artículos en que las atribuciones de los poderes ejecutivo y legislativo no estaban bien definidas; concluyendo con que esto podia hacerse de suerte que se restituyese al poder ejecutivo la independencia y accion indispensables á su existencia. Los amigos de Barnave, de Lameth y de Duport, y todos los demas miembros del lado izquierdo ménos Robespierre, Petion, Buzot y los republicanos, apoyarian estrepitosamente aquel discurso, y en seguida se nombraria una comision especial para revisar los artículos en cuestion. Esta comision terminaria su trabajo ántes que finalizase aquella legislatura, y los trescientos votos de Malouet, unidos á los constitucionales que seguian á Barnave, constituirian una mayoría inmensa en favor de aquellas enmiendas, que habian de restaurar la monarquía.

XIX

Los miembros del lado derecho se negaron unánimemente á apoyar este plan. «Corregir la Constitucion, sería sancionar la revolucion. Unirse á los facciosos, sería convertirse en facciosos. Restaurar la monarquía por mediacion de Barnave, sería degradar al rey hasta el extremo de hacerle estar reconocido á un faccioso. Sus esperanzas no eran tan insignificantes que no le quedase otro remedio á su

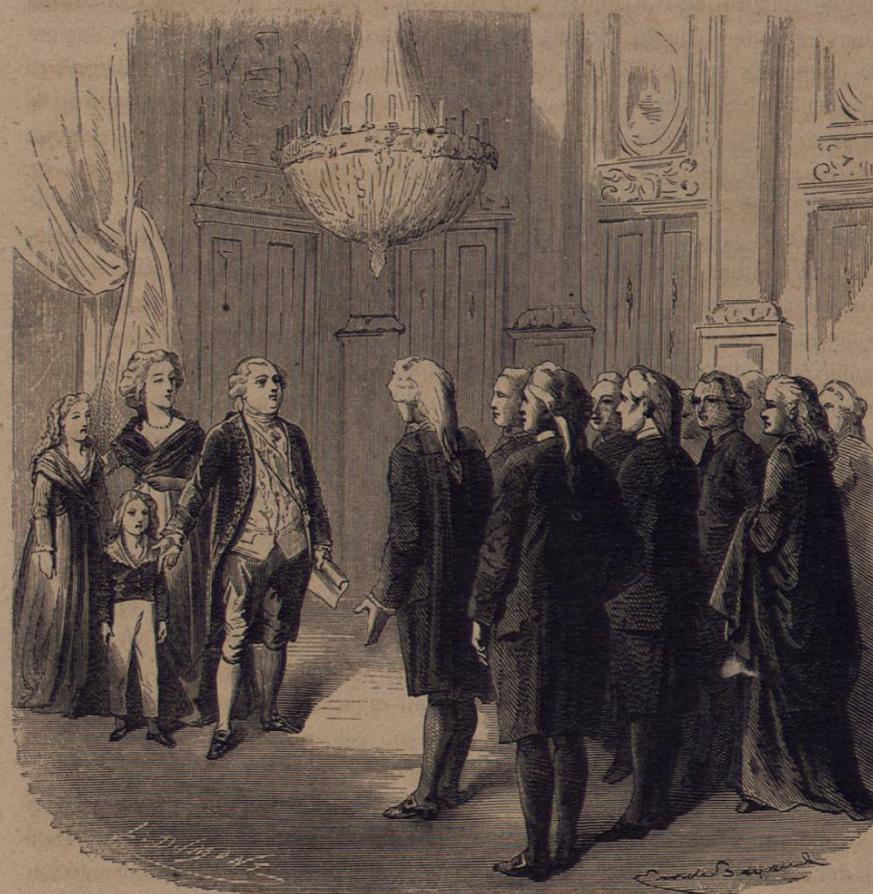
partido que el de aceptar aquel ridículo papel que le habían repartido en una comedia de revolucionarios asustados. Tampoco fundaban sus esperanzas en que el mal se remediase; al contrario, deseaban que se empeorase, porque el mismo desorden volvería á traer el orden. El rey estaba en las Tullerías, pero la monarquía no estaba allí, estaba en Coblenza y sobre todos los tronos de Europa. Las monarquías eran solidarias, y ellas sabrían restaurar el trono en Francia sin necesidad de ponerse de acuerdo con los que le habían derribado.»

Así discurrían los miembros del lado derecho. Las pasiones y los resentimientos personales cerraban sus oídos á los sanos consejos de la moderación y de la prudencia, y la monarquía caminaba á una inevitable catástrofe, empujada sistemáticamente tanto por sus enemigos como por sus mismos amigos. El plan abortó, como era consiguiente.

En tanto que el rey prisionero mantenía dobles y secretas inteligencias, ya con sus hermanos emigrados para enterarse de lo que podría prometerse de la energía de las potencias extranjeras, ya con Barnave para intentar atraer á su partido á la Asamblea, ésta iba perdiendo su antiguo ascendiente, y el espíritu de la revolución, desertando de aquel recinto en que nada tenía que esperar, iba á animar los clubs y las municipalidades y á influir en las próximas elecciones. La Asamblea había ya cometido la falta de declarar á sus miembros no elegibles en la próxima legislatura.

Esta renuncia que había hecho de sí misma, y que tenía el aspecto de un heroísmo desinteresado, era en realidad el sacrificio de la patria, era, en fin, el ostracismo de las notabilidades y el triunfo seguro de las medianías. Por rica que sea una nación en talentos y en virtudes, nunca cuenta un número ilimitado de grandes ciudadanos. La naturaleza es muy avara en este punto. Muy difícil es encontrar reunidas las condiciones sociales que son necesarias para formar un hombre público. Inteligencia, luces, virtud, carácter independiente, bienes de fortuna, reputación bien adquirida y abnegación sublime, son cosas que rara vez concurren en un solo individuo. No se decapita impunemente á toda una sociedad. Las naciones son como el suelo que pisamos: después que se ha quitado la tierra vegetal, se encuentra la toba, y ésta es estéril. La Asamblea constituyente había olvidado esta verdad, ó por mejor decir, su abdicación era muy parecida á una venganza. El partido realista había votado la no reelección á fin de que la revolución, dirigida por otras manos que las de Barnave, diese en todos los excesos de la demagogia. El partido republicano había votado lo mismo por destruir á los constitucionales. Estos votaron en igual sentido por castigar la ingratitud del pueblo, y por hacer que les echasen de menos en vista de la gran diferencia que forzosamente había de haber entre ellos y sus sucesores. En resumen, este voto fué hijo de todas las pasiones distintas que se agitaban dentro y fuera de la Asamblea, malas todas ellas, y que no podían producir sino la ruina de todos los partidos. Sólo el rey era el que no aprobaba esta medida, porque presentía el arrepentimiento de la Asamblea nacional, y porque estaba de acuerdo con sus principales caudillos y era depositario del secreto de muchas conciencias. Una nación nueva, desconocida é impaciente, iba á presentarse frente á frente en la nueva Asamblea, y tanto por lo que se traslucía en los periódicos, como por lo que se decía en los clubs y en las calles y plazas públicas, no le quedaba duda sobre quiénes serían las personas

en que el pueblo depositaria su confianza. El rey prefería tener enemigos conocidos, muchos de ellos fatigados ya de la lucha y otros ganados á su favor, á hárselas con unos enemigos nuevos y fogosos, que querrian sobrepujar en exigencias á los que les habían precedido. A éstos no les quedaba ya otra cosa que hacer que derribar el trono, y al rey no le quedaba nada que concederles sino su vida.



Una diputación de la Asamblea nacional entrega al rey el decreto de amnistía general.—Pág. 133.

Los nombres de los principales candidatos para la nueva Asamblea se leían casi en todas las hojas volantes, y eran por Paris Brissot, Condorcet y Danton, y por los departamentos Vergniaud, Guadet, Isnard, Louvet, Gensonné, que fueron después los girondinos, así como Thuriot, Merlin, Carnot, Couthon, Danton y Saint-Just, que, unidos después á Robespierre, fueron alternativamente sus instrumentos ó sus víctimas.

Condorcet era un político tan intrépido en sus actos como atrevido en sus especulaciones. Su política era la consecuencia legítima de su filosofía; creía en la divinidad de la razón y en la omnipotencia de la inteligencia humana, dominada por la libertad. Ese cielo, morada de todas las perfecciones ideales, en donde el hombre espera hallar delicias inefables, no existía para Condorcet, que creía que la tierra era su paraíso. Su ciencia consistía en su virtud, y su dios era el espíritu

humano. Le parecía que este espíritu, fertilizado por la ciencia, debía triunfar de todas las resistencias que le opusiese la materia y descubrir todas las potencias creadoras de la naturaleza para renovar la faz de la creación. Su política era hija de este sistema, cuyo principal dogma era adorar el porvenir y detestar lo pasado. Poseía el frío fanatismo de la lógica, y la ira concentrada de la convicción. Discípulo de Voltaire, de D'Alembert y de Helvecio, pertenecía, como Bailly, á aquella generación intermedia de filósofos que habían despejado el camino á la revolución. Más ambicioso que Bailly, no tenía la impasibilidad de éste, y aristócrata por su nacimiento, había desertado, como Mirabeau, á las filas del pueblo. Despreciado por la corte, la aborrecía con el odio de los desterrados, y se había hecho popular para hacer del pueblo el ejército de la filosofía. No quería la república sino en cuanto le servía para destruir las preocupaciones, y con tal de obtener el triunfo de las nuevas ideas, hubiera adoptado de buena gana una monarquía constitucional. Este hombre era más bien un adalid de la revolución que un hombre de anarquía; los aristócratas, al pasarse al partido del pueblo, van siempre acompañados de las ideas de orden y de superioridad que abrigaban anteriormente, y quieren regularizar el desorden y dirigir hasta las tempestades. Los verdaderos anarquistas son los que, impacientes por haber obedecido siempre, se sienten al mismo tiempo incapaces de mandar. Condorcet redactaba desde 1789 la *Crónica de París*, periódico de doctrinas constitucionales, en el que se distinguía bajo las palpaciones de la ira la mano elegante y fría del filósofo. Si Condorcet hubiese estado dotado del calor y hubiese tenido su lenguaje el colorido que tenía el de Mirabeau, le hubiese igualado en la nueva Asamblea. Tenía la fe y la constancia de aquél, pero carecía del acento sonoro que resuena en las almas de los demás al oír á los hombres que lo poseen. El club de electores de París, que se reunía en la Santa Capilla, quería elegir diputados á Condorcet y á Danton.

Danton, que al principio de la revolución era un abogado oscuro de uno de los tribunales de París, había ido creciendo con ella, y había adquirido esa celebridad que concede fácilmente el pueblo á todo el que ve y oye por todas partes. Era éste uno de esos hombres que parece que nacen del hervor de las revoluciones y que van nadando sobre el tumulto, hasta que son devorados por él. En Danton todo era atlético, brusco y vulgar como las masas, á las que debía agradar forzosamente por la gran semejanza que con ellas tenía. Su elocuencia se parecía mucho á la explosión de las turbas, y su sonora voz era muy semejante al rugido de la sublevación. Sus frases, cortas y terminantes, eran tan concisas y ejecutivas como las voces militares de mando, y su ademán irresistible daba impulso á las reuniones de amotinados. Toda su política consistía entonces en su ambición, y sin principios fijos, no quería de la democracia sino el desorden. Este hombre había hecho de ella su elemento, y se había lanzado resueltamente en sus brazos, menos por dominarla que por experimentar ese placer sensual que encuentra el hombre en el movimiento acelerado que le arrebató. Embriagábase con el vértigo revolucionario, como hubiera podido embriagarse con el vino, y resistía bien esta embriaguez. Tenía siempre la superioridad de la calma en la confusión que creaba para dominarla. Conservando su sangre fría aun en medio de sus mayores arrebatos, excitaba la hilaridad de los clubs cuando más furiosos estaban. Danton divertía al pueblo y le apasionaba á un mismo tiempo. Satisfecho de este doble



DANTON.

ascendiente que sobre él tenía, no pensaba siquiera en respetarle, y no le hablaba de principios ni de virtud, sino de fuerza, único ídolo que él adoraba. Todos los medios eran buenos para él, que podía llamarse el hombre de Estado de las circunstancias, porque jugando con el movimiento, sin otro objeto que entretenerse con lo terrible que el mismo juego tenía en sí, miraba con indiferencia la única responsabilidad que de ello podía resultarle, que era el que una casualidad le hiciese perder la cabeza.

Para semejantes hombres no podían ménos de ser indiferentes el despotismo ó la libertad. El desprecio que hacía del pueblo debía inclinarle más bien á la tiranía que á otra cosa. Cuando no se ve nada divino en los hombres, el mejor partido que puede sacarse de ellos es sujetarlos, porque no se sirve bien sino á aquellos que se respeta. Danton estaba con el pueblo porque habia nacido en él, y porque le parecía que debía triunfar; pero le hubiese vendido sin el menor escrúpulo, del mismo modo que le servía. La corte conocía el precio de sus convicciones, y él la amenazaba para que tuviese interes en comprarle; de suerte que sus mociones, por revolucionarias que fuesen, no eran más que la subasta de su conciencia. Mezclábase el interes en todas las intrigas, y no se alarmaba su probidad por las ofertas que se le hacían. Comprábanle los partidos todos los días, y al día siguiente estaba otra vez de venta. Mirabeau, Lafayette, Montmorin, Mr. de Laporte, intendente de la lista civil, y el duque de Orleans, sabían muy bien el secreto de su venalidad, porque todos le habian comprado alternativamente. El oro procedente de todas estas fuentes impuras no le habia enriquecido, porque lo gastaba con la misma facilidad que lo adquiría. Cualquiera otro se hubiese avergonzado delante de los hombres que poseían el secreto de su venalidad, pero éste los miraba cara á cara sin ruborizarse. Danton era el punto céntrico de todos esos hombres que en los grandes sucesos no tratan sino de engrandecerse, pero con la diferencia de que aquéllos tienen toda la bajeza del vicio, y Danton era héroe hasta en sus mismas debilidades. Su inteligencia se aproximaba mucho al genio; la incredulidad, que era la enfermedad de su alma, era también, á su modo de ver, la fuerza de su ambición, y la cultivaba con esmero, como elemento de su futura grandeza. Infundíale desprecio todo el que era capaz de respetar alguna cosa, y semejante hombre no podía ménos de tener un inmenso ascendiente sobre las masas. Agitábalas y hacía las subir hasta la superficie, dispuesto á embarcarse en cualquier mar, aun cuando fuera de sangre.

Brissot de Warville era otro de los candidatos por Paris. Este hombre fué el fundador del partido de los Girondinos, y primer apóstol y mártir de la república. Preciso es, por lo tanto, que le conozcamos á fondo.

Brissot era hijo de un pastelero de Chartres, en donde habia hecho sus primeros estudios con su compatriota Petion. Literato aventurero, habia empezado á usar el apellido de Warville, que no era el suyo, á pesar de que la nobleza de un plebeyo consiste en no avergonzarse del apellido de su padre. Brissot no era escrupuloso en esta materia, por cuya razon se apoderó de uno de esos apellidos aristocráticos, contra los cuales iba á sublevarse dentro de poco proclamando la igualdad. Semejante en todo á Rousseau, ménos en el talento, trató de hacer fortuna de mil maneras, y se vió mucho más miserable que aquél ántes de llegar á obtener nombradía. Los caracteres de los hombres suelen degradarse con esa lucha que tienen